

41-42 OPUSCULUM TERTIUM. DIÁLOGO ENTRE UN JUDÍO QUE PREGUNTA Y UN CRISTIANO QUE RESPONDE EN CONTRARIO. AL MISMO HONESTO.

ARGUMENTO.

Reprueba aún más vehementemente la obstinación de los mismos judíos, mientras resuelve algunas cuestiones capciosas que frívolamente plantean contra los cristianos. Todas dependen de la cuestión de por qué, si Cristo no vino a abolir la ley sino a cumplirla, las ceremonias de la ley mosaica son descuidadas por los cristianos. Muestra, por tanto, que los preceptos de la ley mosaica eran místicos y presagios de lo futuro, y por ello han encontrado su fin en Cristo.

Ahora bien, sobre ciertas ceremonias, sobre las cuales a menudo preguntáis con gran escrúpulo y levantáis luz con las charlatanas ambigüedades de las cuestiones, se teje entre nosotros un breve discurso bajo una especie de diálogo de investigación y respuesta, para que cuando se te haya satisfecho en todo, o te veas obligado a rendirte convencido, o te retires confuso con tu infidelidad ignominiosa. Procedamos, pues.

Pregunta 1. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no se circuncida en la carne?

Respuesta. En efecto, el cristiano ya no se circuncida porque lo que se profetizaba con la circuncisión, Cristo lo cumplió. La despojo de la vida carnal, que en la antigua ley estaba figurada, ya se ve completada en la resurrección de Cristo: y lo que esperamos que suceda en nuestra resurrección, ya se encomienda en el misterio del sagrado bautismo. Por tanto, la circuncisión carnal se desprecia con razón como superflua, ya que ahora se celebra la espiritual, para significar la cual aquella había precedido.

Pregunta 2. ¿Por qué el cristiano omite observar el sábado, si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla?

Respuesta. No observamos el sábado porque lo que entonces se había anticipado en figura, ya lo vemos cumplido con la manifestación de la realidad. En Cristo, de hecho, celebramos el verdadero sábado de descanso espiritual, cuando ponemos nuestra esperanza solo en Él, y así descansamos en Él con todo el amor y devoción del corazón, para que cesemos de toda obra servil de vicios y de la ambición de las cosas terrenales. A celebrar este sábado Él mismo nos invita, cuando clama: «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.» Por tanto, consideramos superfluo el culto del sábado carnal, ya que celebramos aquel verdadero y saludable, para el cual fue instituido.

Pregunta 3. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano descuida la diferencia de alimentos que la ley prescribe observar?

Respuesta. En efecto, esta diferencia de alimentos no es admitida por los cristianos porque lo que se figuraba a través de ella, Cristo lo cumplió. La impureza que entonces se evitaba en los alimentos, ahora se reprueba en las costumbres humanas. Así como los santos y justos son transferidos al cuerpo de Cristo, así los reprobos e inicuos son rechazados por Él como alimentos impuros.

Por tanto, después de que la misma Verdad, que se significaba, ha llegado, con razón ha cesado la sombra de la significación.

Pregunta 4. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no se preocupa por ofrecer sacrificio a Dios con carnes de animales?

Respuesta. En efecto, este tipo de sacrificio no es ofrecido por los cristianos porque todo lo que se realizaba típicamente en aquellas víctimas, se cumple verdaderamente en la inmolación del Cordero que quita los pecados del mundo (Juan I), y porque todo aquello no tenía otra salvación, sino que tendía unánimemente a este nuestro sacrificio, toda la diversidad de ceremonias lo designaba, después de que la singular víctima ha brillado, la múltiple sombra que la precedía ha desaparecido. Pues, ¿quién no sabe que los mismos sacrificios fueron impuestos más bien a este pueblo desobediente, para que no fornicara con los ídolos, que ofrecidos a Dios como si Él los deseara?

Pregunta 5. Si Cristo no vino a abolir la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no observa el pan ácimo que la ley prescribe?

Respuesta. Por eso los cristianos desprecian aquel pan ácimo visible y corporal, porque, habiendo purgado la levadura de la vida antigua, se cumple espiritualmente la nueva masa. Entonces era un precepto de la Escritura de la ley, ahora es un testimonio: y después de que ha llegado lo que se significaba, ha perecido lo que significaba.

Pregunta 6. Si Cristo vino a cumplir la ley, ¿por qué el cristiano no celebra la Pascua con la sangre del cordero pascual, cuando la ley misma lo decreta tanto?

Respuesta. Aquí se debe responder lo mismo que ya se ha dicho anteriormente; porque después de que se reconoce que ha llegado aquel verdadero Cordero que se significaba, aquel que significaba se juzga superfluo. De cuya sangre ya no ungimos puertas de madera o piedra, sino que más bien sellamos las entrañas del hombre interior.

Pregunta 7. Si Cristo no abolió la ley, ¿por qué el cristiano no celebra la luna nueva que la ley manda?

Respuesta. Por esta razón también el cristiano desprecia celebrarla, porque todo aquello para lo cual antiguamente se celebraba, Cristo lo cumplió. La solemnidad de la luna nueva designa que se haga una nueva criatura en el hombre, de la cual dice el Apóstol: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron: he aquí todas son hechas nuevas (II Cor. V).»

Pregunta 8. Si Cristo no vino a abolir la ley, ¿por qué el cristiano no observa aquellos bautismos de abluciones que la ley prescribe?

Respuesta. Por eso estas no merecen el culto de la observancia cristiana, porque entonces eran sombras de lo futuro, cuyo efecto claro poseemos ahora. Porque hemos sido sepultados con Cristo por el bautismo en la muerte (Rom. VI); para que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.

Pregunta 9. Si la ley fue cumplida por Cristo, no abolida, ¿qué razón se objeta para que los cristianos no celebren la solemnidad de las cabañas?

Respuesta. El tabernáculo de Dios es la sociedad del pueblo cristiano, y porque aquel tabernáculo prefiguraba la santa Iglesia, se desprecia el signo, después de que ha llegado lo que fue prefigurado. Pues no se llamaría tabernáculo del testimonio, si no atestiguara algo

que debía ser declarado en su tiempo de verdad. Lo que entonces se hacía por precepto figurado, ahora se ve revelado por testimonio presente: y cuando ya se contempla lo que se figuraba; lo que figuraba se juzga superfluo en todo.

Pregunta 10. Si Cristo no quiso abolir la ley, sino cumplirla, ¿por qué el cristiano no celebra el séptimo año de remisión o incluso la verdad y sabiduría de Dios, que al enseñar a los ángeles en el cielo, también vino a enseñar a los hombres en la tierra: lo que antes había mandado guardar carnalmente bajo la sombra de enigmas, después mandó a sus discípulos entender espiritualmente?

Respuesta. Así se ordena que el séptimo día sea de descanso, para que por él se designe el descanso eterno. Así también en el séptimo año, así en el Jubileo, que a través del ciclo de años se lleva al número cincuenta al replicarse siete veces el número siete y añadir una unidad, se indica el seguro descanso de la bienaventuranza perpetua. Pues al comenzar el Jubileo, se tocan las trompetas, y todos regresan a sus posesiones propias; porque como dice el Apóstol: «El mismo Señor con mandato, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles.» Regresar a sus posesiones propias es recibir de inmediato sus cuerpos incorruptos. Entonces Adán volverá a la antigua tierra de su carne, en la que habitó primero: entonces a Noé, Abraham, Moisés, y a todos se les devolverá su posesión propia, cuando se les reforme el cuerpo incorruptible. Por tanto, nuestro Redentor, que abrió el entendimiento a los discípulos para que comprendieran los misterios de las Escrituras, no quiso que el Jubileo, ni el séptimo año de remisión, ni las demás ceremonias del rito legal se observaran carnalmente.

Después de haber hecho entender todo esto espiritualmente, entonces los mandamientos legales se cumplen verdaderamente, cuando se hacen según la inteligencia espiritual para la cual fueron instituidos. Pues entonces eran vacíos, sombra e imagen de la cosa, no la cosa misma, cuando se observaban carnalmente. ¿Quieres oír cómo eran vacíos y vanos, y no la verdad misma, sino ejemplos de la verdad? Escucha lo que el Señor dice a Moisés en el Éxodo: «Y serán las varas de ambos lados del altar para llevarlo: no lo harás sólido, sino hueco y vacío, como se te mostró en el monte (Éxodo XXVII).» Lo que Moisés vio en el monte es la santa Iglesia, es la verdad de la cosa. Aquel tabernáculo construido en el desierto es la sombra y la imagen de la misma Iglesia, a cuyo ejemplo fue hecho. Es decir, el hombre, a cuya imagen se hace el sello, pero en comparación vicaria, el hombre se dice cosa y verdad, mientras que el sello se ve solo como semejanza y forma de la cosa. Por tanto, después de que llegó la plenitud de los tiempos, cumplió, mientras mandó que se exhibieran espiritualmente. De ahí que, después de la venida del Señor, la Jerusalén terrenal con su templo fue completamente destruida, para que solo la santa Iglesia universal brillara por el mundo. Pues como refiere el evangelista, cuando algunos hablaban del templo, que estaba adornado con buenas piedras y dones, dijo: «Estas cosas que veis, vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida (Mateo XXIV; Mateo XIII; Lucas XXI).» Porque Jerusalén era aquella gran ciudad real, donde se había construido el templo más famoso para Dios, pero después de que vino aquel que era el verdadero templo de Dios, y comenzó a revelar los misterios de la Jerusalén celestial; fue destruida aquella terrenal, donde apareció la celestial, y en aquel templo no quedó piedra sobre piedra. Antes había un sumo sacerdote que purificaba al pueblo con la sangre de toros y machos cabríos: pero desde que vino el verdadero sumo sacerdote, que purificó a los creyentes con su propia sangre, aquel sumo sacerdote anterior ya no está, ni le queda lugar alguno. Antes había un altar, se celebraban sacrificios, pero cuando vino el verdadero Cordero, que se ofreció a sí mismo como víctima a Dios, todas aquellas cosas, como puestas por un tiempo, cesaron: por eso, ciertamente, la divina disposición procuró que tanto la ciudad misma como el templo, y todas aquellas cosas fueran subvertidas

al mismo tiempo, para que nadie, tal vez aún pequeño y lactante en la fe, si viera que aquellas cosas permanecían, mientras atónito se maravillara del rito de los sacrificios, del orden de los ministros, fuera arrastrado por la misma visión de las diversas formas. Pero previendo nuestra debilidad, y viendo multiplicarse su Iglesia, hizo que todas aquellas cosas fueran subvertidas y completamente eliminadas, para que sin ninguna duda, cesando las sombras y las imágenes típicas, permaneciera lo antiguo: y al ser destruido el templo material, la Iglesia sola reinara por el mundo.

Epílogo. Pero ya después de tanta nube de testigos, judío, te haré un epílogo, y comenzando desde el inicio de la humanidad de Cristo a través de los incrementos de los tiempos hasta la consumación, te pondré ante los ojos los testimonios proféticos, si los tienes, para que, como reunidos bajo una sola mirada, veas brevemente lo que me veías poner de manera extensa y dispersa anteriormente. Pues que el Hijo de Dios iba a asumir nuestra humanidad, lo testifica Jeremías, diciendo: «El Señor hará, dice, algo nuevo sobre la tierra, y la mujer rodeará al varón (Jeremías XXXI).» Porque si hablara de un simple hombre, sería superfluo poner nuevo, lo que en el género humano se ve comúnmente. Pero que aquella mujer sería la Virgen, por la cual el Hijo de Dios, como por una puerta celestial, saldría del seno del Padre a nuestro público, lo muestra Ezequiel, quien dice: «Me volví, dice, hacia el camino de la puerta del santuario exterior, que miraba al oriente, y esta estaba cerrada; y el Señor me dijo: Esta puerta que ves, estará cerrada, y no se abrirá, y ningún hombre pasará por ella, sino que siempre estará cerrada (Ezequiel XLIV).» La bienaventurada virgen María siempre está cerrada, porque tanto antes del parto como después del parto siempre es incorrupta. De la cual también David canta, diciendo: «En el sol puso su tabernáculo, y él como esposo que sale de su tálamo (Salmo XVIII).»

Que sería un niño en la sustancia de la humanidad, para hacernos grandes por la virtud de la divinidad, lo atestigua Isaías, quien dice: «Porque un niño nos es nacido, un hijo nos es dado; y el principado está sobre su hombro, y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz: su imperio se multiplicará, y la paz no tendrá fin: sobre el trono de David, y sobre su reino se sentará, para afirmarlo y fortalecerlo en juicio y justicia desde ahora y para siempre (Isaías IX).» Pues cuando a aquel que antes describió como niño, después lo llama Dios fuerte y Padre eterno, manifiesta claramente que es Dios y hombre. Y también Isaías dice: «Habitará, dice, el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el león y la oveja juntos morarán, y un niño pequeño los guiará (Isaías XI).» Pues por las entrañas de la santa caridad el lobo habitará con el cordero, porque quienes fueron rapaces en el mundo, descansan en paz con los mansos y humildes, y el leopardo se acuesta con el cabrito, porque quien fue variado con las manchas de sus pecados, consiente en humillarse con aquel que se desprecia a sí mismo y se confiesa pecador. Donde también se añade: «El becerro y el león, y la oveja juntos morarán;» porque aquel que se prepara a sí mismo como sacrificio diario a Dios con un corazón contrito, y otro que como león rugía con crueldad, y aquel que como oveja perdura en la simplicidad de su inocencia, se han reunido en el redil de la santa Iglesia. Estos animales los guía un niño pequeño, porque aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, para que nuestros corazones no se adhieran a las cosas terrenales, los inflama diariamente invisiblemente con el deseo interno. Quien por su caridad, que nos ha dado, no permite que fijemos nuestras mentes en este mundo. Y este mismo guiar suyo es encendernos incesantemente hacia su amor, para que cuando nos amamos mutuamente, no permanezcamos con la mente en este exilio. También esto, que sería llevado al templo, lo anuncia el profeta Malaquías, diciendo: «Así dice el Señor: He aquí, yo envío a mi ángel, y preparará el camino delante de mí, y vendrá de repente a su templo el Señor a quien buscáis, y el ángel del pacto a quien deseáis. He aquí viene, dice el Señor de los

ejércitos, y ¿quién podrá soportar el día de su venida?» (Malaquías III.) Porque aún siendo niño sería llevado y traído de Egipto, lo manifiesta Oseas, cuando dice: «Como pasa la mañana, pasará el rey de Israel, porque Israel es niño, y lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo (Oseas XI).»

Que vendría a Jerusalén montado sobre un asno, lo declara Zacarías, diciendo: «Alégrate mucho, hija de Sion, grita, hija de Jerusalén, he aquí tu Rey viene a ti justo y salvador: él es pobre, y montado sobre un asno, y sobre el hijo de un asna; y destruiré el carro de Efraín, y el caballo de Jerusalén, y se disipará el arco de guerra: y hablará paz a las naciones, y su dominio será de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Zacarías IX).» Que sería acusado por los judíos y corregiría su maldad, lo declara Isaías, cuando dice: «No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá según el oído de sus oídos, sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra, y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío, y la justicia será el cinto de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de sus riñones (Isaías XI).» Que sería bautizado en el Jordán, lo anuncia Isaías, cuando dice: «Alégrese el desierto, y exulten las soledades del Jordán, y mi pueblo verá la altura del Señor y la majestad del Señor (Isaías XXXV).» Y poco después: «Y abriré ríos en los montes, y romperé los montes y confundiré la tierra sedienta sin agua (Isaías XLIV).» Que sería entregado por su discípulo, lo testifica el mismo Señor, quien se queja por boca de David, diciendo: «Incluso el hombre de mi paz, en quien confiaba, que comía mi pan, ha levantado contra mí su calcañar (Salmo XL).» Y de nuevo: «Si mi enemigo me hubiera maldecido, lo habría soportado; y si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, me habría escondido de él; pero tú, hombre de mi alma, mi guía y mi conocido (Salmo LIV).» Que sería vendido por plata, lo atestigua Amós, quien dice: «Por tres pecados de Israel, y por cuatro no lo convertiré, porque vendió por plata al justo (Amós II).» Que sería vendido por treinta piezas de plata, lo enumera Zacarías, diciendo: «Pesaron mi salario, treinta piezas de plata (Zacarías XI).»

Y porque las mismas monedas de plata fueron arrojadas por Judas después de recibirlas, este mismo profeta lo detalla sutilmente cuando añade: «Y el Señor me dijo: Arrójalo al alfarero, el hermoso precio con que fui valorado por ellos. Y tomé los treinta siclos de plata y los arrojé en la casa del Señor para el alfarero hermoso (Ibid.).» Donde también poco después se añade sobre la condenación de los judíos: «Mirarán, dice, a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por un unigénito, y se dolerán como se suele doler en la muerte del primogénito (Zacarías XII).» Allí también anuncia claramente las figuras de los clavos en las manos del Señor, cuando dice: «Y se dirá: ¿Y qué son estas heridas en medio de tus manos? Y él dirá: Con estas fui herido en la casa de aquellos que me amaban (Zacarías XIII);» donde aún se añade: «Despierta, espada, contra mi pastor, y contra el hombre que es mi compañero, dice el Señor de los ejércitos. Hiere al pastor, y se dispersarán las ovejas (Ibid.).» Que sería colgado en un madero, Jeremías lo manifiesta, diciendo: «Señor, me mostraste y conocí, me mostraste sus maquinaciones, y yo como cordero manso que es llevado al sacrificio. Y no conocí que habían tramado contra mí, diciendo: pongamos madera en su pan, y lo borremos de la tierra de los vivientes, y su nombre no sea recordado más (Jeremías XI).» Que sus vestiduras fueron divididas por sorteo, lo testifica él mismo por boca de David, diciendo: «Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Salmo XXI).» Que sería alimentado con hiel y dado a beber vinagre, lo atestigua el mismo David, cuando dice: «Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Salmo LXVIII).» Que sería escupido y traspasado con lanzas, Jeremías (?) lo insinúa, diciendo: «Se levantaron contra mí hombres inicuos sin misericordia, buscaron matarme, y no perdonaron escupir en mi rostro, y con sus lanzas me hirieron.» Sobre su descenso a los infiernos y la liberación de los santos, Oseas

habla de esta manera: «De la mano de la muerte los libraré, de la muerte los redimiré: seré tu muerte, oh muerte: seré tu mordedura, oh infierno (Oseas XIII).» Que resucitaría al tercer día, y no en otra hora del día sino al amanecer, el mismo Oseas lo proclama claramente, diciendo: «Venid, y volvamos al Señor, porque él nos ha herido, y nos sanará, nos golpeará y nos curará, nos dará vida después de dos días, al tercer día nos resucitará; y viviremos en su presencia, conoceremos, y seguiremos para conocer al Señor, como el amanecer está preparado su salida, y vendrá como lluvia para nosotros, temprana y tardía sobre la tierra (Oseas VI).» Sobre la ley del Nuevo Testamento, que difundiría por el mundo, lo promete por Jeremías, diciendo: «He aquí que vienen días, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá: no como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto: pacto que invalidaron, y yo fui su Señor, dice el Señor. Pero este será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor, pondré mi ley en sus entrañas, y en sus corazones la escribiré, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Jeremías XXXI).»

Que ascendería al cielo, y enviaría sobre los apóstoles el Espíritu Santo, David lo comprende brevemente en un solo versículo, diciendo: «Subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Salmo LXVII; Efesios IV).» Subiendo Cristo a lo alto llevó cautiva la cautividad, porque absorbió nuestra corrupción con la virtud de su incorruptibilidad; dio dones a los hombres, porque al derramar el Espíritu desde lo alto, concedió a sus discípulos diversos dones de carismas celestiales. Y Joel dice: «Y será después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre mis siervos y mis siervas en aquellos días derramaré mi espíritu (Joel II).» De esta misma efusión del Espíritu, Isaías testifica, diciendo: «No temas, siervo mío Jacob, el más elegido, a quien elegí: porque derramaré agua sobre el sediento, y corrientes sobre la tierra seca. Derramaré mi espíritu sobre tu descendencia, y mi bendición sobre tu linaje (Isaías XLIV).» Sobre el bautismo, que mandaría realizar por el mundo, lo promete por Ezequiel diciendo: «Derramaré, dice, sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré (Ezequiel XXXVI).» Que él mismo juzgará al mundo, lo testifica el Salmista, quien después de haber dicho, «El Señor reinó desde el madero;» sobre el mismo Señor, que reinó desde el madero, al final añade diciendo: «Juzgará al mundo con equidad, y a los pueblos con su verdad (Salmo XCV).»

Ahora pues, judío, ya que los testimonios de las Sagradas Escrituras no te atraen a la fe de Cristo, si las palabras tan claras y evidentes de todos los profetas no te conmueven, me gustaría aún, dejando de lado los ejemplos de los profetas, contender contigo solo con razonamiento, y discutir brevemente contigo una pequeña cuestión al final de este opúsculo; para que nada que sea adecuado para tu conversión parezca haber sido dejado sin intentar por nuestros esfuerzos. Vamos pues, respóndeme, ¿cuál es el pecado más grave que se sabe que cometieron tus padres, por el cual encendieron más la ira de Dios y provocaron más severamente su venganza sobre ellos? Murmuración, dirás, idolatría, fornicación. Pues yo también siento esto contigo, y considero que estos tres delitos de ellos fueron más condenables: sin embargo, todos estos no soportaron una venganza irrevocable ante la justicia misericordiosa de Dios. Si volvemos a la historia de vuestra antigüedad, se lee en el libro de los Números sobre la murmuración: «Porque toda la multitud clamó y lloró aquella noche, y murmuraron contra Moisés y Aarón todos los hijos de Israel, diciendo: Ojalá hubiéramos muerto en Egipto, y no en este vasto desierto: ojalá perezcamos, y no nos introduzca el Señor en esta tierra, para que no caigamos a espada, y nuestras esposas e hijos sean llevados cautivos. Y dijeron uno al otro: designemos un líder, y volvamos a Egipto (Números XIV).»

Sin embargo, por este inmenso pecado de murmuración, no más de cuarenta años la venganza de la severidad divina se desató sobre ellos, como se lee que el Señor les dijo: «Vuestros hijos, dice, vagarán cuarenta años, y llevarán las iniquidades de sus padres, hasta que se consuman vuestros cadáveres en el desierto según el número de cuarenta días, en que explorasteis la tierra. Un año por cada día se imputará, y recibiréis vuestras iniquidades durante cuarenta años (Ibid.).» Por el becerro que adoraron junto al monte Sinaí, no más de veintitrés mil hombres sabemos que fueron muertos a espada, como se lee en el libro del Éxodo; Moisés les dijo: «Ponga cada uno su espada sobre su muslo, y vayan y vuelvan de puerta en puerta por medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su vecino. Los hijos de Leví hicieron según la palabra de Moisés, y cayeron en aquel día como veintitrés mil hombres. Y Moisés dijo: Consagrasteis vuestras manos al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé bendición (Éxodo XXXII).»

Por la fornicación también, que cometieron con las hijas de los madianitas, igualmente no más de veintitrés mil hombres cayeron a espada, como está escrito nuevamente en el libro de los Números: «Y cesó la plaga de los hijos de Israel, y fueron muertos veintitrés mil hombres (Números XXV).» ¿Qué es entonces, que se lee que Dios recibió una venganza tan breve por los pecados de vuestros padres; pero esta vuestra servidumbre y dispersión por todo el mundo ya se prolonga por tantos siglos? Lee también a tu Josefo (De Bell. Jud.), allí encontrarás que por la venganza de la muerte de Cristo, que Tito ejerció con Vespasiano, cayeron a espada del pueblo de los judíos diez veces cien mil, y once veces cien mil fueron llevados cautivos: y después de esto, cualquiera que de vosotros quedó del devorador de la espada, pareceis estar sometidos en servidumbre a los pies de todas las naciones; ciertamente vuestros padres, cualquiera que fue llevado en cautiverio, incluso en el mismo exilio, nunca estuvieron completamente desprovistos de la compañía de los profetas, para que intercedieran continuamente por sus pecados, y siempre les recordaran la ley del Señor, y les trajeran gran consuelo en sus calamidades presentes; mientras les anunciaban con certeza el momento de la futura vuelta a la patria. Como se dice por Zacarías: «El ángel del Señor dijo: Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás misericordia de Jerusalén, y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado enojado? Este es el año setenta. Y el Señor respondió al ángel que hablaba en mí palabras buenas, palabras consoladoras (Zacarías I).» Y por Jeremías: «Servirán, dice, todas estas naciones al rey de Babilonia setenta años: y cuando se cumplan los setenta años, visitaré sobre el rey de Babilonia (Jeremías XXV).» y lo demás.

Por lo tanto, está claro que vuestros padres, aunque a menudo fueron golpeados por la venganza divina, sin embargo, a veces fueron reconfortados con consuelos abundantes: pero vosotros, desde la pasión de Cristo hasta hoy, puestos en tan largas calamidades, no veis a un profeta entre vosotros en ninguna parte de la tierra; y tampoco escucháis un mensaje de futura prosperidad enviado divinamente a vosotros. ¿Cuál es entonces este pecado vuestro tan incurable? ¿De dónde viene para vosotros un castigo tan irremediable? ¿De dónde, digo, sino porque matasteis a Cristo, el Hijo de Dios, y después de cometido el crimen no quisisteis volver a la fuente de la vida? Pues este abismo profundísimo de vuestra iniquidad trasciende la medida de todos los delitos, supera la inmensidad de todos los crímenes. Claramente, Moisés preveía este pecado vuestro, cuando enojado contra vosotros decía: «Reunidme a todos los ancianos de vuestras tribus y a los doctores, y hablaré en su audiencia estas palabras, y invocaré contra ellos el cielo y la tierra. Porque sé que después de mi muerte obraréis inicualemente, y os apartaréis pronto del camino que os he mandado, y os sobrevendrán males en el tiempo postrero, cuando hayáis hecho el mal a los ojos del Señor, para irritarlo con las obras de vuestras manos (Deuteronomio XXXI).»

Ahora pues, judío, escucha mi consejo, para que puedas tener a Dios, a quien tienes enojado, propicio: depón el vestido del hombre viejo, y recibe el sacramento de la nueva gracia; agradézcante las bendiciones de Garizim, para que puedas escapar de las maldiciones de Hebal (Deuteronomio XXVII).: abandona el error de la ceguera judía, y dirígete a la verdad de la gracia evangélica: ten por seguro que recibirás el perdón, si convertido a la fe de Cristo, eres sumergido en el agua del sagrado bautismo. Pero ya que quizás en tu ánimo valgo más suplicando a Dios, que predicándote. Que el Dios de tus padres quite de tu corazón el antiguo velo de la ignorancia, y disipadas las tinieblas de los errores, te ilumine con la nueva luz de su conocimiento, quien por su profeta promete, diciendo: «Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, las reliquias de Israel serán salvas (Isaías X; Oseas I; Romanos IX).

Epílogo. He aquí que tú mismo consideras, carísimo hermano Honesto, que mientras me esforzaba por atender a tu debilidad, no me preocupé por poner los floridos adornos de la elocuencia retórica, ni los agudos argumentos de los dialécticos. Pues además de que no me agrada seguir los adornos de la sabiduría secular, porque también sé que tú, implicado en los negocios seculares, no puedes leer mucho, no quise cargarte con largas distinciones de argumentos. Por lo tanto, mientras casi desnudo te propuse ejemplos de las Escrituras, como un haz de flechas en un carcaj las puse. Y porque de las palabras contrarias se sugiere la abundancia de respuestas, ciertamente te proporcioné armas; pero cómo deberías desplegarlas invicto, cómo manejar el escudo, porque las batallas aún no son inminentes, no pude enseñarte completamente. Tienes pues ante ti lo que es necesario para este tipo de conflicto. Usa lo preparado, como hayas decidido que sea conveniente.

Que el Dios omnipotente, amadísimo hermano, te proteja misericordiosamente de las insidias de los enemigos invisibles y te conduzca inmune de este tipo de combate a los reinos celestiales. Amén.

Bendito sea el nombre del Señor.